

## URBANITAS...

Son las tres de la tarde y la canícula reina en la ciudad. En la ciudad se respira un aire asfixiante y reseco como una madeja de lana de acero que se desbrizna entre los dedos en forma de finas virutas y, como si fueran diminutos granos de arena, van quedando pegadas por todo el cuerpo sudoroso. Los urbanitas hacen horario de verano y a esta hora el tráfico burbujea alrededor de las calles del centro. Ha llegado la hora de regresar a casa, enchufar el aire acondicionado y esperar el atardecer. La gente permanece hacinada bajo una pequeña sombra de la parada del autobús.

Ya se ve llegar H8. Todos, impacientes, van apelotonándose en la parada. Nadie quiere ceder su posición. El H8 remolonea hasta pararse, dejando ir un bufido cuando abre sus puertas. La multitud entra a empujones, como un goteo constante y, a duras penas, se cierran las puertas. Es un autobús nuevo, de los ecológicos de hidrógeno. En cambio, el conductor, que es el viejo de siempre, hace cara de tener pocos amigos cuando me cuelo delante de sus narices. No sé por qué no le jubilan de una vez por todas. No queda nada bien un conductor tan senil en un autobús tan moderno. El hombre exhala un aura más amarga que la muerte en la soledad desesperada.

A pesar de su aparente amplitud, el vehículo está lleno a rebosar y me cuesta trabajo adentrarme hasta la mitad del pasillo, detrás del calvo de la nuca grasienta y justo al lado de la señora de la blusa roja. Lo más afortunados, aquellos que han encontrada asiento, ahora se dedican a mirar por la ventana, aliviados por el ambiente fresco de artificio que se respira dentro del autobús, o a leer el noticiario, aunque la mayoría encuentra más entretenido el móvil. También hay quien tiene por afición escrutar a los pasajeros recién llegados. Es normal que la gente mire al que acaba de entrar, pero que se empece particularmente en un solo pasajero más de cinco minutos se convierte en algo muy molesto e impertinente. No es la primera que me pasa cuando subo al autobús. A menudo tengo la sensación de que todo el mundo me está mirando, como si me hubiesen estado esperando desde ya hace un rato. En ocasiones así prefiero mantener la mirada fija y desafiante hasta que el observador impertinente se rinde haciéndose el distraído.

La joven emperifollada para ir a la ópera que está sentada en el fondo del autobús no ha dejado de examinarme, con un ademán nada circunspecto. El H8 coge la carrera y yo, distraído con su burla, por poco no me empotro encima de una viejecita adorable, que me esquivo dócilmente. La ventana pintada con propaganda negra refleja mi silueta como un caleidoscopio. Por un instante me quedo absorto en el estudio de mi rostro. Me gusto y no encuentro en absoluto desproporcionados mis ojos, ni mi bigote. Lástima de estos mofletes de saxofonista que me generan tantas bromas.

El conductor, que insiste en girar su cabeza de tanto en tanto, buscándome entre la multitud, detiene de repente el autobús. Los pasajeros que viajaban de pie, desprevenidos, se apresuran a recuperar el equilibrio. Afortunadamente el mayor daño ha quedado en un doloroso pero inocuo pisotón.

“¡Vigile, hombre!”, le gritan. “¡Dónde va a parar con este frenazo!”.

Vuelvo a sentir en la nuca la odiosa sensación de antes, la sospecha de otra mirada insolente. Me giro y, a tocar de mis ojos, una criatura insolente que no debe superar los cinco años me mira atónita, mientras lame una deliciosa e irresistible piruleta. Es una piruleta de fresa, de esas que se saborean muy lentamente. Intento recordar, no en vano, la última vez que me delecté con una delicia semblante. Me ha invadido tanto la nostalgia que bajo la guardia y, para cuando me doy cuenta, ya tengo al revisor a menos de dos asientos. El autobús vuelve a detenerse. Ahora suavemente. Debería apearme, pero no me puedo resistir a un lametazo tan dulce. Así que sucumbo a la tentación y chupo la piruleta. Es una delicia exquisita, que transporta...

-¡Puaj! ¡Qué asco!- grita el chiquillo mientras deja caer la piruleta.

La recogería. No puedo. El revisor y la madre de la criatura se acercan a mí con intenciones de abatirme. Se abren las puertas: - ¡Largo asquerosa, mierda de mosca! - chillan la madre.

Aprovecho el broncazo para salir volando cierro arriba. Humanos.... Se las dan